

Mahon



S.M. / R

Epoca II. Año II

Alayor 2 Marzo de 1912

Núm 75

# Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:  
Barsola, 1.

Suscripción 0'15 ptas. al mes  
Núm. suelto, 0'05 ptas.

## Nuestra misión de paz

(conclusión)

Hay otra paz que se predica hoy con infatigable actividad, por los apóstoles del liberalismo católico, paz farisaica contra la cual fulminan terribles anatemas los divinos oráculos. Abundan en nuestro tiempo los falsos profetas, interesados en acreditar brillantes quimeras, precursoras de mentiras pavorosas. Predican al efecto una falsa paz, y con ella se cubren para invadir á título de amigos el campo católico y sembrar entre los buenos semillas de perdición. Son lobos con piel de oveja que se introducen en el aprisco para pervertir y corromper. Un Profeta los pintó con viveza de colorido diciendo de ellos y de sus perjuicios que predicán la paz con palabras de fingida amistad, y de falso celo, y lo que hacen

es armar lazos y tender redes á las almas para enredarlas en sus errores, y uncirlas al carro de la impiedad. *Ore suo cum amico suo pacem loquitur et occulté ponit ei insidias.* (Jerem. 9.) Hablan de paz, dice el Salmista, y llevan veneno de áspides en sus corazones. (Ssal. 101). El enemigo pérfido simula mansedumbre, y se finge amator de la paz para ganarse la confianza de su víctima. Siempre tuvo imitadores y hoy los tiene á granel, aventajando en villanía la copia del original el discípulo avaro y desleal que entregó á su maestro con osculo de paz. (Matth. 26.) Dicen con acento finjido, para engañar á los incautos: *Pax, pax;* cuando lo que predicán, no es verdadera paz, sino defección y apostasía. *Pax, pax, cum non esset pax.* (Jerem. 8.) Guardaos de la levadura de estos fariseos que es la hipocresía. Estad sobre aviso para que nadie

os seduzca con palabras fingidas. Aunque un ángel del cielo os predicase otro Evangelio que el predicado por Jesucristo y explicado por su Iglesia, no deberiais creerle, sino decirle *anatema*. No es un ángel del cielo, sino el príncipe de los abismos, el que predica teorías funestas de falsa paz, de conciliaciones absurdas y de cobardes transacciones que no son á los ojos de la conciencia católica sino traiciones vilísimas y horrendas apostasías. Se pretende que hagamos paces con el error y la iniquidad, que abandonemos la integridad de nuestra fe, y pongamos nuestra inteligencia y nuestro corazón, nuestro celo y nuestra palabra al servicio del liberalismo, y que *cayendo* adoremos al ídolo moderno, al Estado ateo que aspira á demoler todo el orden social cristiano para reinar él solo en el mundo, sentado sobre las ruinas de la Iglesia y de la Patria. Pues bien: jamás cometeremos tan abominable apostasía; jamás quemaremos un solo grano de incienso en los sacrílegos altares del Moloch liberal y masónico, jamás aceptaremos una paz criminal que nos robaría el tesoro de nuestras santas creencias, y de nuestras gloriosas tradiciones; jamás haremos

traición á Jesucristo, al Evangelio, á la fe de nuestros padres, á las enseñanzas de la Iglesia, y los oráculos infalibles de León XIII que condenan todo linaje de paz, de avenencia, de conciliación y transigencia con el error y la iniquidad, con el liberalismo, el progreso, y la civilización moderna.

*Paz, paz*, decían á los Apóstoles los Escribas y Fariseos.—Vuestra palabra sediciosa agita los ánimos y perturba el sosiego público.—No podemos consentir vuestros ataques á las Instituciones de la Nación. Y los apóstoles respondían: Debemos obedecer á Dios antes que á los hombres.

*Paz, paz*, decían á los primeros cristianos los Césares del paganismo.—No turbéis el orden—no ataqueis á la Religión del Estado—someteos á la legalidad vigente, y quemad incienso en honor de nuestros dioses. Y los cristianos respondían: No hay otro Dios que Jesucristo, ni más Religión verdadera que su santa Religión. Ni las cárceles, ni los potros, ni las hogueras, ni el hambre, ni la misma muerte, podrán separarnos de la fe y del amor que hemos jurado á Jesucristo. Antes la muerte que la apostasía. *Potius mori quam fodari*.

*Paz, paz*. dicen los modernos fariseos. Fariseos á la Iglesia de Dios; *paz, paz*, dicen al Papa los falsos políticos, los sacrilegos usurpadores, y los gobiernos liberales, fautores y cómplices de tamaña injusticia.—Transije con los nueve señores de Roma.—Acepta los hechos consumados.—No maldigas al progreso.—Reconcílate con el liberalismo y la civilización moderna.

El Papa y la Iglesia responden: *Non licet*. No puede haber paz ni avenencia entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad, entre el catolicismo y el liberalismo, entre la Iglesia y la Revolución.

*Paz, paz*, nos dice una secta liberal tan ambiciosa como taimada.—Pretendeis un imposible al pretender la restauración social de la tesis católica en toda su integridad y pureza.—Entre dos males inevitables conviene elegir el menor, y entre el liberalismo herético, impio, perseguidor, y el liberalismo moderado no debe ser dudosa la elección.—Aceptad, pues, los hechos indestructibles, el mal menor, la hipótesis existente.—Entrad de buen grado en la *legalidad*.—Venid á nuestro campo, ayudadnos á sostener las instituciones políti-

cas que nos rigen, y luchemos unidos contra la Revolución impía y antisocial que nos amenaza con horrendos cataclismos. Respondamos con valerosa decisión: *Antes la muerte que la apostasia*. Sois los fariseos de la Revolución, los revolucionarios mansos, más peligrosos y detestables que los revolucionarios bravos. Ni herejía ni pecado. Queremos el reinado absoluto de Jesucristo que es la verdad y el triunfo completo de su justicia que es la norma soberana de las voluntades y la vida de las naciones. Jamás transigiremos con el liberalismo que es la herejía universal y la universal injusticia.

*Paz, paz*, dicen al Clero, los gobiernos liberales y los apóstoles del liberalismo.—Vuestra misión es de paz, debéis acatamiento á los poderes constituidos y respeto á las intituciones políticas del Estado. Predicar contra el liberalismo es convertir el púlpito en tribuna política, y excitar las pasiones, y provocar á la guerra, en vez de calmar los ánimos y recomendar la paz. Si predicáis la guerra, caerá sobre vuestras cabezas la espada vengadora de la ley, y seréis llevados al destierro ó á las cárceles.

El Clero católico responde siem-

pre con el valor de los apóstoles, y la calma de los Confesores de Cristo. Nosotros no podemos menos de publicar lo que hemos visto y oído, lo que enseñan el Papa y la Iglesia en nombre de Dios, á saber: que el liberalismo es pecado, que pecan y siguen á Lucifer los que son y se llaman liberales. Nuestra misión es de paz, y por cuanto queremos la verdadera paz, combatimos al liberalismo que es la guerra. Contra esta guerra, ora hipócrita, ora desenfrenada practicamos la verdadera paz que se cifra en el abrazo de los entendimientos con la verdad, en la sumisión de las voluntades á la ley de Dios, y en el rendimiento de reyes y pueblos, de gobernantes y gobernados á la paternal y dulcísima soberanía de Jesucristo, Salvador de las almas y de las naciones. Esta es la paz que hace á los hombres hermanos, á los pueblos felices, prósperas y gloriosas á las naciones. Esta es la paz que brota de la verdad católica como la flor de su tallo, y se corona de dichas como de su fruto se coronan las flores. Allí donde no se profesa la verdad católica, donde se encadena á la libertad de la predicación cristiana, donde una legalidad des-

pótica invade el santuario, y pretende que enmudezca la Cátedra sagrada, ó que hable á gusto de los invasores, allí donde tantos desafueros se cometen, tratando á la verdad de Dios como á una proscriba, y á sus oráculos como reos de muerte, no está lejos el reinado de su paganismo despiadado y salvaje. Y por cuanto sin ser patriotas, sentimos arder en nuestra alma la llama del patriotismo, predicaremos sin miedo á las amenazas de la fuerza bruta, recurso de los tiranos, y mostraremos á la vista de los pueblos la blanca enseña de la paz verdadera contra la falsa paz, la paz ordenada, don de Dios que solo disfrutan los pueblos *integramente* católicos y las sociedades afortunadas que viven sumisas á la ley de Dios y al Magisterio infalible de su Santa Iglesia.

La paz así ordenada es el más poderoso elemento de civilización, el primero, el más excelente y necesario de los bienes sociales, toda vez que la paz verdadera, fruto sabroso y peregrino de la fe católica ahoga las discordias, extingue las rivalidades, sofoca las envidias, refrena las iras, protege á los humildes, humilla á los soberbios, reconcilia á los enemigos y une á to-

dos los hombres con el dorado anillo de la fraternidad cristiana. Si; nuestra misión es de paz pero de aquella paz que consiste en el reinado social de la verdad que es Cristo, de la verdadera paz que se logra *únicamente*, viviendo unidos por la fe á Jesucristo que es la *Luz*, y por el amor á Dios que es la *Caridad*, y por la caridad á los hombres que son nuestros hermanos. Pero nuestra misión es también *misión de guerra*, guerra necesaria, inevitable para destruir las malas paces. La buena paz es el precio de la buena guerra. *Pax belli prælium, prælium que peridi*. Seríamos infieles á *nuestra misión de paz*, si abandonásemos cobardes ó traidores *nuestra misión de guerra*. Empuñaremos, pues, la espada del espíritu que es la palabra de Dios, y lucharemos como soldados de Cristo á la voz de mando de su lugarteniente que no cesa de gritarnos: -Guerra á los errores dominantes, guerra al liberalismo, á sus injusticias y desafueros; -guerra á las pasiones victoriosas, á la impiedad triunfante. y á todo este mundo depravado y sin Dios que pretende arrebatarnos nuestra bandera que es la cruz y nuestra patria que es el cielo.

Z. M. C.

## Patrón de la Semana

Sto. Tomás de Aquino, conf. y doctor.

Fue hijo Santo Tomás de Landulfo y de Teodora, personas de ilustre linaje en Italia, quienes le enviaron al monasterio de Monte-Casino para que de aquellos virtuosos monjes recibiera su educación. Tomó después el hábito de Santo Domingo, y á pesar de la resistencia de sus padres y de los halagos de una mujer deshonesta, que le introdujeron en su aposento para que le hiciera perder su pureza, perseveró en su propósito. Después de haber escrito muchas obras llenas de sabiduría, compuso el Oficio divino que se reza el día del *Corpus* y en su Octava, habiendo merecido que Jesús le dijera en voz inteligible: -Bien has escrito de mí, Tomás: ¿qué recompensa quieres por tu trabajo? Y el Santo contestó: -Ninguna cosa quiero, Señor, sinó á Vos. -Dios premió sus esclarecidas virtudes con una muerte preciosa el año 1274.

## Respeto al templo

Mas de dos veces hemos borroneado algunas cuartillas tratantes del asunto que encabeza las presentes, y otros tantas antes de dárlas á la luz pública las hemos hecho pedazos, en espera de que pluma mejor que la nuestra se ocupara de esta materia de tanta actualidad y trascendencia tanta.

Profundamente indignados por actos que hemos presenciado, vamos de nue-

vo á pergeñar otras cuartillas y á publicarlas sin demora, porque el pernicioso *lujo* definido por Julio Cesar «el estandarte del orgullo y el nido de la lujuria» que cual plaga invade la moderna sociedad, con inconcebible osadía ha entrado en las iglesias ¡oh, horror! y es el escándalo de no pocos. Este desorden llevado á cabo por personas que se tienen por muy honradas y muy decentes..... so pena de ser ellas hipócritas de remate, revelan bien á las claras que es un falso concepto el que tienen del propio decoro.

«El *lujo* es enemigo de la pureza. Un corazón corrompido por la sensualidad por más que intente ocultar su pravedad y cubrirla con cierto barniz de modestia y pudor ¡cuán pronto se ostenta! y el medio de ostentación es el *lujo*.

«El *lujo*! con razón dijo un sabio que es la mayor de las vanidades. Hombre, mujer es lo que es é independientemente de sus galas con que se cubre.

Dice muy bien un moderno escritor.

«De qué puede gloriarse el que lleva sedas, lanas, almizcles, polvos, etc? ¿Qué es la seda? Babas inmundas de un gusano. ¿Qué es el almizcle? Sangre corrompida de un animal. ¿Qué son los polvos? Polvo. ¿Qué es la lana? Ya lo sabeis. Con razón dijo Démona á una mujer envanecida con su traje de lana. La oveja llevaba antes ese traje y no por eso dejaba de ser oveja, *et ovis erat*. Y para qué ensoberbecerse con esas galas, dice San Bernardo, si dentro de poco ese cuerpo ha de ser comido por los gusanos?».

Se cuenta de S. Juan Crisóstomo que viendo á una mujer que iba al templo á adornos la dijo: ¿Acaso vais

á bailar á la iglesia? Y hoy dia, no podríamos preguntar á muchas de esas jóvenes que asisten á la misa de las once y al sermón: ¿Acaso habeis venido aquí á bailar? Pero que decimos bailar, si no se baila con sombreros y menos con los del tamaño de los que se estilan hoy día. Tal vez más exactos seríamos si les preguntásemos: ¿Acaso venís al templo del Señor para exhibir las formas de vuestros cuerpos y descubrirnos lo que jamás debiera verse? ¡Qué vergüenza! Venís aquí para servir de escollo, con gran contento del demonio, á multitud de vuestros prójimos? ¿Y vosotras sois las que os vanagloriáis de ser cristianas, de tener inscrito vuestro nombre en alguna cofradía del S. Corazón de Jesús y de ser llamadas hijas de María....? ¿Y no se os enrojece el rostro de vergüenza al solo pensar que convertís el Templo en antesala del infierno? «¿No bastan las plazas y casas para tratar de cosas profanas, no bastan las calles y tertulias para lucir los vestidos, no bastan los estrados y las salas de baile para daros cita y entreteneros en pensamientos impúdicos, que para tales cosas hayais de emplear hasta la iglesia?» (Art. Past. por J. Planas).

Dice ya el citado escritor: «Algunas damas quieren legitimar sus imprudencias con la moda, á estas les diré con Tertuliano: «Jesucristo no se llama moda, sino verdad que permanece; y no es la moda la que debe reformar el Evangelio, sino el Evangelio á la moda». Tampoco vale alegar la posición social, porque la posición no coloca las mujeres sobre el Evangelio. Presentóse Matilde reina de Francia con algunas exageracio-

nes en su traje ante su obispo San Eloy, y como el santo se admirase, dijo Matilde: no es esto mucho para una reina de Francia; á lo que replicó el santo Obispo: Para una reina no es mucho, pero si para una cristiana. Escuchó la reina estas palabras, y jamás volvió á presentarse en público más que con vestidos modestos.» ¡Ojala tuviera imitadores!

Recordamos haber leído que en tiempo de los antiguos gentiles, cuando estos iban al templo de sus ídolos, uno de sus sacerdotes se ponía en la puerta y en voz alta preguntaba: ¿Sabéis á dónde vais? Y respondían: vamos á la casa de nuestros dioses. ¿Sabéis á qué vais allí? Vamos allí á pedirles auxilio en nuestras necesidades y á darles gracias por los favores obtenidos. Con esta consideración entraban con la mayor compostura. Y una vez dentro era tal el respeto que tenían al templo de sus dioses, que se cuenta de un paje de Alejandro Magno que sufrió se le incendiase una mano que sostenía una hacha por no perturbar con sus gemidos la solemnidad de los sacrificios. Y sin embargo, aquellos dioses que veneraban eran falsos y á quien realmente adoraban era al demonio.

Al contemplar tanta inmodestia y tantos atavíos de la disolución que entra en nuestros días por las puertas de los templos, nos viene á la memoria aquella pregunta de los sacerdotes paganos.

Jóvenes cristianas, hijas de María, cofrades del Corazón Sacratísimo de Jesús ¿sabéis á dónde vais...? ¡Ah! parece que no. ¿Sabéis á qué vais al templo....? ¿A cumplir con nuestros deberes...., á dar

gracias al Omnipotente y á pedirle mercedes.... ¡Ah! no, si tal creéis os engañais á vosotras mismas. A lo que vais es á profanar la Casa del Señor que es Casa de Oración y no para lucir vuestras galas; á lo que vais es á escandalizar.... y ¡ay de aquellos por quienes viene el escándalo! A lo que vais.... es á provocar la Justicia de Dios.

Jóvenes sin seso, jóvenes cuya aviesa intención de conseguir las miradas de todos los circunstantes no podeis ocultar, considerad que con vuestra conducta estais elaborando vuestra propia condena-ción y la de vuestros prójimos.

Y ahora para concluir diremos con la *Revista de las Hijas de María* que lo toma á su vez de «El Propagador de la Devoción á San José»:

«¿Esa mujer que asi viste está sola? No tiene padre, esposo, hermano, un pariente honrado que le advierta por caridad lo que está haciendo, y si tiene autoridad se lo prohíba?

»Puesto que no ha sido así, tomemos cada uno la defensa de la honestidad y recato. Y tú, hija de María, que vistes mejor como hija del diablo. Tú, madre cristiana, cuando ni á pagana honrada llegas. Tú mujer, quienquiera que seas, que sientes en tu pecho, un átomo de honradez, lanza lejos de ti ese hábito de Satán con que vistes tus días. Y no pretendáis disculparos, porque es lo cierto, y por esto protestamos y llamamos la atención de todo cristiano contra la moda: los cristianos, y sobre todo, las cristianas, se han rendido, y hasta las personas devotas visten con descoco!!

Hay que reaccionar: porque nada ganan la honestidad, el recato, la comodidad, la belleza, la utilidad, la economía y en cambio lo GANA TODO EL SENSUALISMO!!!

*Varios amantes del decoro*

Completamente adheridos á la idea expuesta por nuestro caro colega «El Siglo Futuro» de protestar ante la Academia sueca contra el atrevimiento que tuvo una insignificante minoría de pedir para Pères Galdós el premio Nobel, hemos enviado la siguiente carta:

Alayor, le 20 février 1912.

A Monsieur le Président de l'Académie des Belles Lettres.

Stoklino.

Monsieur,

Les redacteurs, collaborateurs, et abonnés de la publication hebdomadaire «Cruz y Espada» profondément blessés dans leur patriotisme de la hardiesse qu'ont prise quelques usurpateurs de la représentation nationale demandant á l'illustre Académie des Belles Lettres que vous honorablement présidez le prix Nobel pour Galdós lequel ne représente pas l'incarnation de l'âme nationale, prient de tout leur coeur cette éclatante Académie de leur faire l'honneur d'accorder le prix Nobel á Menéndez Pelayo, véritable incarnation de l'âme nationale et d'une réputation indiscutable dans le monde savant.

## Ley de abstinencia

A bordo de un vapor americano  
Embarcóse una vez un buen cristiano,  
Hombre franco, leal y muy completo,  
Que, con mucho respeto,  
Sin faltar á una coma,  
Acataba las órdenes de Roma,  
Y otras más cosas que en silencio paso.  
Lo chocante del caso  
Es que iban con él tres caballeros  
En moral y en creencias más ligeros.  
Sentáronse á la mesa,  
Y vió nuestro buen hombre, con sorpresa,  
Que, á pesar de llamarse á boca llena  
Los tales caballeros,  
Católicos sinceros,  
*Beato* á nuestro amigo apellidaron,  
*Beato*, como suena,  
Al punto que observaron.  
Que en lugar de jamón y longaniza,  
Por ser el día llamado de *Ceniza*  
Manjares de abstinencia  
Se atrevía á comer en su presencia.  
El en tanto callaba como un mudo,  
Mas tanto le insultaron, que no pudo  
En silencio sufrir, y á un can travieso,  
Que andaba en derredor, arrojó un hueso.  
El perro lo devora y nuestro amigo  
Dijo estas cosas que también yo digo,  
Para evitar de las gentes ciertos yerros:  
«La Iglesia no da leyes á los perros.»

P. S. CALVO.